



Sábado 25.04.20
LAS PROVINCIAS



TRIBUNA

LAS OTRAS MUERTES, AÚN MÁS INVISIBLES

SUSANA SANZ CABALLERO

Catedrática Jean Monnet. Universidad CEU Cardenal Herrera

La pandemia del coronavirus ha acabado con miles de vidas de personas mayores a las que sus familiares no han podido ni despedir



CRISTIAN NEWMAN

Últimamente, algunos diarios, como LAS PROVINCIAS, han puesto en marcha una iniciativa que, encerrados como estamos en casa y sin manera humana de enterrar con dignidad a nuestros seres queridos, me ha parecido no solo preciosa, sino también un mínimo intento por permitir a los familiares hacer su duelo y rendir un homenaje público y sentido hacia aquella persona allegada que no consiguió superar la crisis sanitaria.

La iniciativa no es otra que permitir colgar en la página web del periódico el nombre, fotografía y una pequeña crónica de vida de la persona fallecida por COVID-19, que de alguna manera palíe el drama humano de no haber podido visitarlos durante su enfermedad, no haber podido acompañarlos durante su agonía,

ni darles la mano y decirles te quiero, ni haber podido después enterrarlos con dignidad, avisando a los familiares menos cercanos geográficamente, convocando a sus colegas y amigos y organizando un funeral y entierro en consonancia con los deseos de esa persona y de su cultura familiar.

¡Qué menos que visibilizar las cifras de fallecidos y poner nombre y rostro a tantas víctimas mortales... aunque sea como triste sustituto de los abrazos que no se han podido dar y del poder llorar juntos por su pérdida! Rememorar momentos vividos con esa persona o alguna anécdota o detalle que nos la recuerdan —a veces, con una media sonrisa y una lágrima a la vez—,

asistir a su funeral y mostrarle respeto... Toda esa parte de nuestros usos, que nos hacen humanos y seres sociales, se ha perdido por el camino con esta pandemia y nos reconcomen por dentro. Entretanto, guardamos escrupulosamente el confinamiento y cumplimos las kafkianas reglas de soledad forzada que este virus ha impuesto en nuestras sociedades otrora abiertas. Por eso, este tipo de iniciativa que permite identificar a las víctimas, dar a conocer su muerte públicamente y homenajear sus figuras, cobra tanta importancia y se convierte en un auténtico servicio social en estos días aciagos.

Desde hace 20 días faltan en mi familia, entre la más cercana y la extensa, cinco seres queridos, todos mayores de 70 años, ninguno por coronavirus. Pero todos fueron víctimas indirectas del coronavirus de alguna manera, puesto que sufrieron en sus carnes el colapso sanitario y, en algún caso, esto aceleró su muerte. Pareciera que la pandemia hubiera desplazado la posibilidad de enfermar, sufrir y morir por cualquier enfermedad que no sea el COVID-19 pero la gente es terca y tiene la mala costumbre de seguir enfermando, sufriendo y muriendo de las cosas de las que enfermábamos, sufríamos y moríamos antes de que apareciera en escena este mal bicho. Tanto en el caso de los dos que murieron hospitalizados pero solos (porque el protocolo impedía que sus hijas y sus ahora viudas les acompañaran en sus últimos momentos), como en el caso del que se fue apagando poco a poco en casa rodeado de su familia —porque no tenía sentido acudir al hospital con 86 años con la que estaba cayendo— o como en el caso de quienes (uno tras un ictus, otro tras una metástasis) fueron invitados a regresar a sus hogares para morir con una dignidad que los hospitales no les podían asegurar, como digo, en los cinco casos, en mi familia nos hemos visto como miles de otras familias: impotentes, sobrepasados y frustrados por no poder atender a nuestros familiares como se merecían, ni poder enterrarlos con humanidad.

Así que esta mañana me desperté con la sana intención de escribir su crónica en el diario, dar a conocer sus fallecimientos, dejar escritas unas líneas sobre cómo eran, cómo vivieron, cómo murieron y cómo les quisimos. Y es entonces cuando me he dado cuenta de que no podía hacerlo, porque ese espacio estaba reservado, en buena lógica, a los fallecidos por COVID-19. Y he caído en la cuenta de que mis familiares eran víctimas indirectas del virus, eran sus daños colaterales, otro tipo de damnificados por la enfermedad, porque no han muerto por su causa pero han padecido los mismos protocolos, restricciones y limitaciones que el coronavirus ha traído.

Dejo al margen la cuestión gravísima y posiblemente criminal de la discriminación por razón de edad. Al fin y al cabo, se trataba de viejos... ¿no? Ya habían vivido su vida, no había tiempo ni espacio para ellos y las órdenes e instrucciones políticas eran claras en ese sentido: en momentos de escasez hay que actuar como en tiempos de guerra... ¿o no? Esto nos lo tendremos que hacer ver.

Adiós, tíos y tías. Tuvisteis la mala suerte de irlos en el peor momento.

Dejo al margen la cuestión gravísima y posiblemente criminal de la discriminación por razón de edad